

Doris Moreno

Casiodoro de Reina. Libertad y tolerancia en la Europa del siglo XVI

Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2017, 262 p.

ISBN 978-84-944564-5-9

José Antonio Ollero Pina

Universidad de Sevilla

jaollero@us.es

Aunque solo fuera porque ha habido que esperar a la aparición de este libro para que dispongamos de una biografía en español de Casiodoro de Reina, habría que agradecer a Doris Moreno que se haya decidido a ofrecérmola. No es casual que sea precisamente esta autora quien haya llevado a cabo esta empresa porque es una consumada y reconocida especialista, entre otras cosas, en historia inquisitorial y cultural, particularmente en cuestiones que versan sobre historia religiosa e ideológica del siglo XVI hispánico y, por ende, europeo. Casiodoro, como bien subraya la autora, protagonizó, muy a su pesar, una peripecia vital marcada por sucesivas huidas, por el paso continuo de fronteras culturales, lingüísticas, religiosas y también políticas, en una Europa dividida y convulsa por los enfrentamientos religiosos. Quien se preocupe por su persona y su obra se obliga a viajar desde la Sevilla americana a Ginebra, y desde la ciudad de Calvino al Londres isabelino, el Estrasburgo de la Reforma, Basilea, Amberes o Fráncfort. Le exige, en consecuencia, la historia europea. Doris Moreno ha reconstruido la vida del antiguo monje del monasterio sevillano de San Isidoro del Campo recorriendo los surcos abiertos por Edward Boehmer en el siglo XIX y roturados posteriormente por Paul J. Hauben, Gordon A. Kinder, responsable de una biografía fundamental e imprescindible del personaje, y Carlos Gilly. No han sido los únicos, pero sí los autores que más han contribuido al conocimiento de Casiodoro y a la interpretación de su intrigante posición religiosa. También porque no la han abordado de manera aislada, sino inserta en su medio o en los diversos medios en que se desenvolvió su vida, enriqueciendo su entendimiento desde diferentes acercamientos y perspectivas que se han revelado

compatibles. Uno de los méritos de la autora, tal como se manifiesta en la obra que nos ocupa, consiste en el reconocimiento y la asunción de esta historiografía específica que se ha centrado en su biografiado otorgándole un sentido que abraza todas sus posibilidades. A ello se añade la utilización de la bibliografía temática más pertinente para construir una imagen completa de la persona y de su mundo histórico. Nada de esto es fácil, y más si se considera que ha pretendido crear una obra cuya lectura sea asequible y del gusto del lector culto, y en la que el lector y el investigador interesado especialmente por el individuo y los problemas históricos que vivió se halle reconocido.

Tras una introducción, el libro se divide en cinco capítulos que se coronan con un epílogo a modo de conclusión. Además, acompaña un útil diccionario que comprende una selección de una serie de personajes que figuran mencionados en el texto. La autora ha escogido un título para cada capítulo, en una palabra o en una expresión, que aspira a encerrar en la más sucinta brevedad el significado de lo que a continuación se desarrolla. Esta intención retórica se muestra asimismo en los cortos relatos que los preceden. Se trata de ficción. De recreación ideal de la atmósfera que respira el periodo histórico que se avecina cuando se entra en la historia. Como advierte la misma autora, estas evocaciones carecen de pretensión de veracidad y figuran como un tributo a la verosimilitud. El eje del libro, no haría falta recordarlo, es el protagonista al que vamos a acompañar en el trayecto de su azarosa vida. Bastaría pensar en que Casiodoro de Reina es el autor de la edición de la conocida como *Biblia del Oso*, la traducción completa de la Biblia al castellano —«trasladada en español», como él mismo quiso que apareciera— para justificar el interés de su biografía. A Casiodoro, no obstante, habríamos tenido que observarlo entre los españoles del xvi que se vieron abocados al destierro por motivos religiosos en búsqueda de una libertad que en su patria se les negaba, muchos de los cuales salieron de Sevilla a mediados del siglo en su compañía o unos años antes que él se exiliara. Lógicamente, tal como ocurrieron las cosas, la huida, el abandono de la patria, comprendió para todos ellos una cesura radical.

Los dos primeros capítulos están dedicados a la presentación del Casiodoro anterior a su fuga en 1557. En realidad, se sabe muy poco de él en este periodo. Por ahora, no hay más en este aspecto de lo que la autora ha expuesto y de lo que la historiografía ha venido diciendo en cuanto a sus orígenes geográficos y familiares. El mismo Casiodoro es responsable en parte de este desconocimiento, al igual que les cabe una responsabilidad semejante a Antonio del Corro y Cipriano de Valera, dos de sus compañeros de claustro que le acompañaron en la huida y que más tarde llevarían sus propias obras a la imprenta. Los tres sugirieron y dejaron adivinar, pero fueron muy parcos a la hora de hablar de sí mismos. Consecuentemente, si queremos entender el porqué y cómo experimentaron procesos de conversión religiosa es necesario explicar, como se hace en estos capítulos, el ámbito concreto del monasterio jerónimo, de la rama olmedista, donde estuvieron y del que salieron, por un lado, y «el entorno sevillano», es decir, el mundo sociocultural y religioso de la Sevilla de la primera mitad del

Quinientos, por otro. Pero también, si es posible detectar la importancia real del erasmismo y el humanismo cristiano en la formación de una espiritualidad concreta y si se encuentran las huellas de otras formas procedentes del franciscanismo e incluso del alumbradismo, sabiendo que, antes que se revelara, en la ciudad se leía literatura protestante introducida de manera clandestina. Se aborda entonces la conexión entre las dos esferas, la interior claustral y la exterior, el surgimiento y la relación en una historia paralela con las corrientes heterodoxas de la ciudad en la que sobresalen, además del misterioso Rodrigo de Valer, dos personajes señeros, el doctor Juan Gil y Constantino de la Fuente. En este sentido, la autora no evita plantear una cuestión irresuelta que ha venido preocupando a la historiografía, a causa sobre todo de la insuficiencia de las fuentes primarias, como es la de la determinación precisa de las posiciones religiosas en relación a la Reforma de los condenados y los huidos de Sevilla y de los heterodoxos españoles del XVI. La Inquisición tuvo menos problemas a la hora de establecer una definición porque reprimió el movimiento herético sevillano entre 1557-1562 hasta su aniquilación.

No hay duda de que a la altura de 1557 tanto Casiodoro de Reina y sus compañeros de coro y claustro como sus correligionarios urbanos, por llamarlos de alguna forma, que cayeron en las redes del Santo Oficio poseían ya una clara conciencia de ruptura con el catolicismo. Cada uno de los monjes de San Isidoro del Campo que sobrevivió a la fuga recorrería después su propio camino de adaptación a un medio que les era profundamente extraño. Procediendo desde el conocimiento de la propia evolución espiritual de Casiodoro y de los accidentes de su extraordinaria vida de peregrinaje posterior, la autora explica la decepción que experimentaría su personaje en su primera etapa ginebrina del exilio europeo. Se presenta un Casiodoro calvinista que no compartió desde el principio la deriva hacia el dogmatismo y al que repugnaba la dureza de los debates teológicos en el seno de las iglesias reformadas que, en ocasiones, desembocaban en la descalificación del adversario hasta el límite de su eliminación. La relación con Sebastián Castellio, la lectura de Servet, la curiosidad por las obras de teólogos reformados disidentes, independientemente de la adscripción eclesiástica que se les atribuyera, y la amistad con los heterodoxos italianos emigrados estaría presente en Casiodoro desde su estancia en Ginebra entre 1557-1558. Tal como ha querido Doris Moreno que lo veamos, redundando en las interpretaciones de Kinder y Gilly, Casiodoro pensó y se comportó como un hombre que se sentía incómodo dentro de un marco dogmático cerrado, y esta sería una actitud que, al mantenerla durante toda su vida, ayuda a entender sus dificultades de adaptación. Pero son varias las causas que explican que así ocurriera; no sólo intervienen los motivos personales o el dictado de su conciencia. Con acierto, la autora ha procurado que el lector comprenda las vicisitudes de la vida de su protagonista en el entorno en el que se movió en cada momento. Al explicarlas, es posible aprender cómo las condiciones cambiantes en el juego de la política europea y de las relaciones interconfesionales afectaron dramáticamente a un hombre del siglo XVI que se pasó toda su vida

buscando una ubicación religiosa. Esta exigencia se mantiene en todo el libro y resulta particularmente interesante cuando se inicia el estudio del periodo en que Casiodoro vivió en Londres, a donde había marchado en 1558 desde Ginebra y donde permanecería hasta fines de 1563. El relieve de este periodo se encuentra en la trama que aquí se desarrolla, con la introducción de Casiodoro en un círculo de nuevas amistades, la pugna por la institucionalización de una iglesia española, el papel de los espías y de los soplones al servicio de la embajada española y, sobre todo, el enfrentamiento con el rígido calvinismo de las iglesias francesa y flamenca, que le costó un proceso en que se vio acusado de adulterio y sodomía y se puso en duda su ortodoxia. También fue entonces cuando Casiodoro contrajo matrimonio con una mujer que pertenecía a una familia de financieros de origen converso. Pero es asimismo la primera vez que lo observamos escribiendo. De la *Confesión de Fe christiana, hecha por ciertos fieles españoles*, la autora nos brinda un análisis que debe añadirse al que hiciera Kinder. Su texto permite, pese a su ambigüedad intrínseca, la intelección de los principios teológicos que sostenía Casiodoro y, si se une el contenido de la llamada carta teobonesa que Antonio del Corro envió a su amigo cuando este ya no estaba en Londres, se entiende aún mejor que para ambos, autor y destinatario, era más importante la libertad de interpretación de las Escrituras que la afirmación dogmática.

Ya se hablaba en esta carta de la traducción de la Biblia, y es esta obra el motivo nuclear del cuarto capítulo del libro. Cronológicamente, comprende un periodo en la vida de Casiodoro de unos cinco años, desde fines de 1563 a 1569, poco más que el londinense, pero intensísimo, en un constante movimiento de un lugar a otro; una circunstancia que, no obstante, no fue un hecho excepcional en la vida de sus coetáneos que vivieron circunstancias similares. Fueron esos años realmente de peregrinaje, como los denomina Doris Moreno, en los que adquirió para Casiodoro de Reina una importancia singular Marcos Pérez, el riquísimo comerciante de Amberes originario de una familia conversa sevillana que empeñó su fortuna en el triunfo de la causa calvinista y en la exportación de su credo hacia España. Al paso de los desplazamientos de su personaje, de Amberes a Fráncfort, de aquí a la antigua Aquitania francesa y a las tierras hugonotes del sudoeste para volver a Fráncfort y, por fin, a Estrasburgo, donde conseguiría establecerse durante tres años, la autora describe su inserción en una red extensa de relaciones cruzadas. Así, en Bergerac y Montardis, en la corte de Renata de Francia, la duquesa de Ferrara, Casiodoro se reencontraría con Antonio del Corro y con Juan Pérez de Pineda, quien huyera de Sevilla hacia 1550 durante el proceso inquisitorial de Egidio y que tan importante papel había asumido en la impresión y contrabando de obras heréticas hacia el interior de los reinos españoles. Por este medio reforzaría sus lazos con el hugonotismo francés, pero también haría crecer las suspicacias que suscitaba entre sectores de ese mismo calvinismo porque las sombras de las acusaciones que sufrió en Londres le seguirían persiguiendo. La explicación de esta cuestión, el ataque de Olevianus y la evidente desconfianza que Beza, desde Ginebra, siempre prevenido ante italianos y españoles, mantuvo hacia su persona

ha resultado ineludible para entender los obstáculos que hicieron imposible que Casiodoro llegara a ejercer el ministerio en Estrasburgo, ciudad a la que había sido llamado y en la que, no obstante, contando con el apoyo de Johannes Sturm, residiría y ampliaría su círculo de relaciones. Los años transcurridos en la ciudad alsaciana constituyeron el puente que le llevaría a Basilea, Rin arriba. Se accede entonces a la exposición de la obra literaria fundamental de Casiodoro. Siguiendo el orden de publicación, la autora se detiene primero en las *Artes de la Inquisición española* y en su primera edición, en latín, por supuesto, de Heidelberg en 1567 porque se adhiere a la tesis que defiende su atribución a Casiodoro, tal como ha argumentado Carlos Gilly con fundamentos difícilmente controvertibles. Con todo, sin que olvide la descripción y el análisis de este libro, desde la intención con que fue escrito y la manera en que fue leído, llamando la atención sobre su repercusión ideológica, Doris Moreno matiza esta conclusión abriendo la posibilidad de que hubiese sido el producto de una labor colaborativa a la que el mismo Casiodoro, en efecto, diera su forma final.

No hace falta advertir que el interrogante que pesa sobre la autoría de las *Artes* no afecta a la *Biblia del Oso*, a la que, como es lógico, se le dedican en este libro un buen número de páginas. Para explicar esta obra, importantísima por tantos conceptos y, no sólo por lo que supone en la historia cultural y religiosa, sino también por lo que significa en cuanto a la posición teológica que sostenía Casiodoro de Reina en su madurez, la autora describe al lector el medio en que este se movió en los años previos a su publicación en la ciudad suiza, alojado, al parecer, en la casa de Marcos Pérez, y su relación con personalidades como Hubert Languet, Petrus Ramus y Theodor Zwinger, entre otros. Sobre la *Biblia del Oso* habrá siempre que volver porque, dado que puede abordarse desde perspectivas diferentes, continuará presentando materia suficiente para que sea objeto de investigación de los estudiosos. Cabe asimismo lamentarse porque quizás no se le haya concedido el lugar que merece, por ejemplo, en la historia de la lengua y la literatura española de los siglos áureos, pero cuenta con una bibliografía detrás que no es despreciable. Incluida la más reciente, la autora ha sabido aprovecharla para ubicar la obra en la historia específica de las traducciones de los textos bíblicos al castellano anteriores y coetáneas a las aportaciones de los autores protestantes como Francisco de Enzinas y Juan Pérez de Pineda. Además, el mismo Casiodoro rindió, en cierto modo, un homenaje a la versión judía de la Biblia de Ferrara, de la que se sirvió para la suya propia. El lector aprende, por otro lado, que en la Europa del conflicto religioso la traducción de las Escrituras suponía mucho más que un ejercicio filológico y que hasta los detalles que parecerían nimios poseían un significado y representaban una declaración de compromiso. Por esta razón, la introducción en el análisis de la *Biblia del Oso*, como ha propuesto nuestra autora, exige preguntarse por los motivos que llevaron al traductor a seguir el canon alejandrino de la ordenación del corpus bíblico propio de las Biblias católicas. Igualmente, se inquiere sobre la intención del autor, que concebía la edición bíblica en lengua vulgar como un arma en el combate con el catolicismo, y se presta especial atención a la dedicatoria y al

fundamental prefacio latino en el que Casiodoro, recogiendo un texto de su amigo Johannes Sturm, expone una interpretación de la visión de Ezequiel, para la que recurrió a su ilustración con dos grabados, que implicaba una eclesiología concreta dependiente del príncipe. Este carácter apologético impregna la «Amonestación del intérprete» que sigue al prefacio, lo que lo convierte en un texto fundamental para entender las posiciones exegéticas, en la que integra la descripción de sus fuentes, teológicas y religiosas, que Casiodoro extiende, sin solución de continuidad ideológica, después en los sumarios y notas marginales que apostillan el mismo texto bíblico traducido. Para él, según insiste Doris Moreno, la traducción constituye un momento esencial en la batalla cósmica que libran Dios y el diablo, el bien y el mal, que es identificado inexorablemente como el anticristo que es la Iglesia católica. Dictado profético, desde este planteamiento resulta fácil entender que adujera versículos paulinos para convencer al lector en su fe y en el rechazo de la perdición que desemboca en la condena. La autora continúa con la explicación de la *Biblia del Oso* describiendo los pasos que culminaron con su impresión por el impresor Thomas Guarin y volviendo sobre la interpretación de la marca tipográfica que se empleó y que acabaría dando nombre a su edición, para terminar con un excursus sobre la circulación de la obra y las características editoriales de las generaciones de ejemplares. Esta cuestión, que no es secundaria, enlaza finalmente con la valoración literaria que el castellano de Casiodoro ha merecido desde el famoso elogio que recibiera de Menéndez Pelayo.

Desde la fuga del monasterio a la publicación de la *Biblia del Oso* solo transcurrieron doce años. El último cuarto de siglo de la biografía de Casiodoro de Reina es el objeto del quinto y último capítulo de este libro. Si la autora lo ha titulado «Sólo lo que importa» es porque encuentra un hilo conductor en la evolución religiosa de su protagonista, desde ese calvinismo en que, pese a la incompreensión y el acoso de sus propios correligionarios, estuvo situado hasta la adopción del luteranismo en la etapa final de su vida. A este exiliado por motivos de fe se le negó, como a tantos otros, esa estabilidad, en forma de concordia, que se creía otear en el horizonte pero que nunca se alcanzaba. En Fráncfort, ciudad de la que obtuvo la ciudadanía en 1571, un año después de que se instalara en ella, permaneció hasta 1578 sin que lograra, como subraya la autora, ningún oficio eclesiástico. Los medios de los que se valió para sobrevivir y sostener su matrimonio y sus hijos, la enseñanza, el comercio de sedas y de libros, hasta su trabajo como editor, conforman también un aspecto no desdeñable de su vida, que no le impidieron continuar ampliando sus contactos religiosos y políticos. Doris Moreno explica todo esto y permite que nos asomemos al Fráncfort de sus famosas ferias del libro en la segunda mitad del siglo xvi y a la corte del landgrave de Hesse-Kassel Guillermo IV, a cuyo servicio parece que estuvo Casiodoro formando parte, como ya mostrara Kinder, de una red de informantes y participando políticamente, aunque fuera marginalmente, en la causa protestante. Su presencia en el encuentro de iglesias calvinistas que tuvo lugar en Fráncfort en 1577 es suficiente indicio de su implicación en esta actividad. En este sentido,

los textos que llevó entonces a la imprenta, un comentario al Evangelio de San Juan y una *Exposición de la primera parte del capítulo cuarto de San Mateo sobre las tentaciones de Cristo*, ambos en un solo volumen en 1573, y su *Confesión de fe española* de Londres en 1577, también tuvieron, si se sigue la exposición que hace de ellos la autora, este sentido. Desde luego, el primero, que consiste, como se lee en su título, en una apología de la divinidad de Cristo, de reafirmación trinitaria, contiene algo semejante a desahogo autobiográfico con su lamento por no haber sacado a luz las otras obras que conservaba, escritas a lo largo de tantos años. La autora llama «prudencia pragmática» a estas prevenciones en un contexto de conflictos entre calvinistas y luteranos y de estos últimos entre ellos mismos para los que Casiodoro proponía la moderación. Según anunciaba su título, el segundo de estos escritos trataba en realidad sobre la ética de los pastores de la Iglesia dentro de una crítica, de nuevo, al catolicismo romano y a las disensiones en el seno del protestantismo. Así expuestos, junto con lo que publicó en la *Confesión* que antes aludíamos, estos textos iluminan las razones por las que Casiodoro aceptó en 1578 la llamada de la comunidad luterana en lengua francesa de Amberes. Sin duda, es este episodio de su vida el más difícil de entender, y más cuando antes de incorporarse a su nueva tarea compareció en Londres ante Grindal, el arzobispo de Canterbury, el mismo obispo de Londres que lo apoyó en su primera estancia en la capital inglesa para defender su inocencia de las acusaciones que recayeron sobre él en el pasado y firmar su adhesión a los principios dogmáticos del calvinismo y el credo de la Iglesia de Inglaterra. Era un paso contradictorio, pero suponía la oportunidad del cumplimiento de su vocación. Pastor luterano en Amberes desde fines de 1579, Casiodoro se vio en medio de los ataques del ultraluteranismo y del calvinismo. Esta situación limítrofe no cesó siquiera cuando, tras la caída de Amberes en manos de Alejandro Farnesio, se vio obligado a emprender en 1585 «la última huida» para regresar a Fráncfort. Su vida, como este libro, acabaría en esta ciudad en 1594. La autora sitúa a su personaje solicitando infructuosamente la licencia para predicar, hasta el momento en que accede al nombramiento de pastor adjunto de la congregación valona, firma la *Fórmula de Concordia* de la Iglesia evangélica y asegura que «he actuado con toda buena fe, ante todo, no he sido calvinista». Como ya no tuvo tiempo para argumentar ese cambio, Casiodoro de Reina ha dejado como herencia la necesidad de su explicación a aquellos que pretendan interpretarlo. Aceptando este reto, sobre los pasos de Carlos Gilly, Doris Moreno ha afrontado esa explicación. Al hacerlo así ha cumplido con creces con una de las obligaciones del biógrafo en relación con su biografiado, la inmersión en su conciencia desde el conocimiento de su tiempo histórico.



